

# El pozo blanco

David S. M.



# Capítulo 1

Desde la nada, como atraída por invisibles musas de la memoria, la imagen le invadió cual alud, un oleaje incierto que salpicó todos los rincones de su conciencia con la verdad absoluta del conocimiento, ahogándole. Ante él no había un lienzo en blanco, sino la clara imagen de un pozo, incólume y blanco de pureza pese al lugar en el que descansaba, un triste prado agostado, y al horror que se hallaba en sus entrañas cual Júpiter devorador. Sin embargo, al acercarse uno a contemplar con fijeza, descubría el engaño al instante. Lo incólume no era sino una ilusión óptica provocada por la situación del sol, alto en el cielo salpicado de nubes como pompas de algodón; en verdad, de cerca se apreciaba al trazo la descomposición subyaciendo bajo la última mano de pintura, un monstruo agazapado que tarde o temprano va a salir del armario sin que nada ni nadie pueda evitarlo, por muchas capas apresuradas que le sobrevengan. Empero, aun así, alguien había invertido una parte minúscula de su vida en aportar una pátina del color que se dice más puro a la terrible construcción, si bien la pintura amarilleaba ya como los brotes de hierba alrededor, moribundos bajo el abrasador influjo del astro rey. No se apreciaba de lejos, en un primer vistazo, aunque a lo menudo se descubría la verdad.

El prado no era nada salvo eso, un llano triste en mínima pendiente de los que moran a millones por la superficie de la Tierra, sin nada alrededor que le aportase un matiz de personalidad o que pudiese inducir su pertenencia a algún lugar concreto. Tan sólo briznas descoloridas de herbaje sin ninguna sombra que las aliviara de su martirio. Ni un triste árbol, ni una valla (que no por limitadora resultase menos servible), ni una edificación; nada. Sólo el cielo, el pasto, y el pozo blanco.

Era un pozo nacido de la piedra, de los de toda la vida que acuden a la mente de uno cuando piensa en un pozo. Varias hileras de adobes sobrepuestas una sobre otra convivían en vertical hasta una altura cercana al metro, la última de ellas sobresaliendo unos centímetros como si el pozo quisiera verterse fuera de sí mismo. No presentaba tampoco el típico eje de metal curvado en forma de arco del que debía colgar en tiempos una sogá atada a un pequeño perno o una polea, como dogal a un cubo en su otro extremo, fiel ascensor que traería agua fresca a la boca como un buen amante si se hacía el consabido esfuerzo para ello.

Ni barra, ni cuerda, ni argolla ni cubo, aparecían a la vista mientras Manuel se lanzaba sobre su paleta como lo que era, un trastornado encerrado en un edificio para locos. Un hogar ilusorio que no servía para retener dentro de su cabeza los pensamientos el tiempo suficiente para fijarlos en alguna neurona, aunque sí conseguía de forma eficiente

contener su cuerpo enclaustrado para no terminar vagando por lugares que no reconocería, presa del desasosiego del que se sabe perdido en cualquier momento y en cualquier lugar. Los pinceles se convirtieron en extensiones de sus dedos, sus manos volaban extrayendo matices de las esquinas, azules arriba, térreos y amarillos abajo, el pozo como eje central de la obra. El lienzo se llenó de puntos, líneas, sombras, luces y degradados a una velocidad demencial, fruto de la ansiedad extrema, la excitación más salvaje y el miedo más atroz a no terminar a tiempo, a que la imagen se borrara para siempre del punto en que se encontraba ante sus ojos.

Al otro lado de las cámaras de vigilancia, sus ángeles de la guarda observaban ensimismados un nuevo proceso del interno dieciséis. Murmuraba sin parar mientras llenaba un lienzo en blanco con una imagen que quedaría prendida infinitamente más tiempo que cualquier pensamiento en su cabeza, pobre infeliz. Al cabo de unos minutos, ni siquiera recordaría haber realizado la obra. Pasarían ellos a retirarla y le introducirían otro lienzo en blanco, en virtud de un nuevo arrebató de furia creativa, quién sabía cuando. Aquellos cuadros irían a parar a manos de sus hijos, que los venderían por su gran calidad a personas que jamás sabrían que los había pintado un demente en menos tiempo del que ellos empleaban en hacer el amor con sus amantes, y el dinero recaudado de su venta se revertiría en que dentro de la institución al desgraciado no le faltara de nada mientras viviera. La oferta y la demanda, lo llamaban algunos. Justicia divina, hubieran dicho otros más.

Unos últimos retoques. Pinceladas de amarillo desvaído sobre blanco que solo apreciará aquel que se acerque a mirar fijamente el pozo en el lienzo, con curiosidad malsana. Ante sus ojos, la imagen existe, pero la sensación virtual que le acometió hace poco, un mundo para Manuel, comienza a desvanecerse; y lo que es peor, eso que nadie podrá adivinar mirando el cuadro, eso que se perderá en los inmensos pasillos vacíos de su descompuesta mente. Sin que nada ni nadie pueda evitarlo. Eso que le empuja una y otra vez a llenar de vida blancos lienzos muertos. Esa sensación que se le escapa como humo entre los dedos, haciéndole derramar lágrimas rabiosas mientras la siente marchar para no regresar jamás.

Como ha sucedido en todas y cada una de sus visiones.

La niña está allí abajo. Sola. Desamparada en la oscuridad. Él la mató y dejó su cuerpecito frágil y exánime dentro de esa horripilante oscuridad. Quiere que la acunen. Suplica que la saquen de allí.

David acude a la celda dieciséis con otra tela blanca bajo el brazo, y un sordo dolor en el alma que le estremece la espina dorsal. Ese blanco sí es puro, sí está prístino como la nada que ahora encierra. Coloca la tela donde estaba lo que ahora es un paisaje triste de un azul desvaído,

amarillo pálido y un pozo en el centro, reprimiendo el impulso de abrazar a la pobre imitación de ser humano que se halla en la habitación, sentado con los hombros hundidos en el borde del camastro. Manuel le mira mientras recoge el lienzo y lo cambia por uno nuevo, pero no dice nada. Antes de cerrar de nuevo la puerta y echar la llave, David mira a Manuel como hace siempre que realiza aquella especie de ritual de la locura. Como siempre, Manuel está llorando.

David no puede adivinar porqué.

Manuel ya no se acuerda.